

8. Vidas moldeadas por Cristo y discursos inspirados por el Espíritu

Efesios 4:17-32

Tal vez recuerdes haber visto la nota en un sitio Web de noticias: “Insultar en el trabajo mejora el espíritu de equipo y la moral”,²⁹ o “...¡\$#%&! Los investigadores dicen que es bueno decir palabrotas en el trabajo”.³⁰ Estos titulares introducían breves reseñas de un estudio realizado en la Universidad de East Anglia (Reino Unido): “Swearing at Work and Permissive Leadership Culture” [Decir palabrotas en el trabajo y una cultura de liderazgo permisiva], publicado en la revista *Leadership & Organisation Development Journal* [Revista de Desarrollo Organizacional y de Liderazgo]. “Un estudio sobre liderazgo descubrió que el uso de ‘lenguaje tabú’ hacía más tolerable el lugar de trabajo”, y “decir palabrotas con regularidad en el trabajo puede ayudar a impulsar el espíritu de equipo entre el personal, permitiéndoles expresar mejor sus sentimientos, así como desarrollar las relaciones sociales”.³¹ Las respuestas de los lectores fueron interesantes, y algunos afirmaron las conclusiones del estudio en estos términos: “Insultar es una parte perfectamente natural y legítima de cualquier lenguaje. Cuando estés con tus amigos, di palabrotas a gusto. Es una comunicación eficaz y gratificante”.³²

Motivos del corazón

¿Cómo deberían responder los cristianos a esta visión del lenguaje humano? El argumento tiene cierto sentido, dado que ninguna cadena de fonemas es inmoral en sí misma. Sin embargo, en una lengua y un entorno cultural concretos, atribuimos significado a los conjuntos de fonemas.

Desde una perspectiva cristiana, Dios nos pide que seamos morales y éticos no solo en un sentido restringido y abstracto. Somos llamados, en el contexto específico de las culturas en las que vivimos, a “practicar la justicia, amar la bondad y andar humildemente con tu Dios” (Miq. 6:8). Si hay un Dios, y si ese Dios nos creó a nosotros y nos dio la capacidad de hablar, ¿nos brinda él algún consejo sobre cómo debemos manejar nuestra forma de hablar? ¿Son nuestros amigos los únicos árbitros de lo que sale de nuestra boca? ¿Cómo espera Dios que utilicemos su asombroso don de la palabra?

Pablo visualiza que su epístola a los Efesios será leída en voz alta en los hogares-iglesia de Éfeso y su área metropolitana, convirtiendo el lenguaje escrito en expresión oral. En su carta-discurso, tiene mucho que decir sobre las palabras dañinas (“lenguaje grosero” [Efe. 4:29, NTV]), la jactancia (Efe. 2:8, 9), los insultos (vers. 11), compartir falsas doctrinas (Efe. 4:14; 5:6), la falsedad (Efe. 4:25), las conversaciones sobre sexualidad explícitas (Efe. 5:3, 4), y provocar y amenazar a otros (Efe. 6:4, 9). También analiza y ejemplifica la forma sana de hablar, inspirada por el Espíritu –decir la verdad (Efe. 4:25)–, que edifica (vers. 29) a quienes la escuchan. Hablar así es seguir el ejemplo de Jesús, el predicador de la reconciliación y la paz (Efe. 2:17), una vocación que Pablo hereda (Efe. 3:8, 9). En lugar de expresiones dañinas como los arrebatos de ira y la calumnia (Efe. 4:31), Pablo sugiere como sustitutos la alabanza a Dios (Efe. 1:3-14), las palabras de perdón llenas de ternura (Efe. 4:32), la acción de gracias y los cánticos de adoración dirigidos a Dios (Efe. 5:4, 18-20), y la oración por los demás (Efe. 6:18-20; un modelo de discurso que el propio Pablo ilustra en repetidas ocasiones [Efe. 1:15-21; 3:14-21]).

El apóstol no parece muy impresionado con la filosofía de vida del “son

solo unas palabras groseras” o “solo digo groserías cuando estoy con mis amigos”. Pablo argumenta que la norma cristiana del habla humana es mucho más desafiante que eliminar las palabrotas de nuestros labios. No se limita a escribir el titular: “¡Insultar en el trabajo es malo!” Se dirige a los motivos de nuestro corazón y nos pide que sustituyamos el lenguaje vulgar por un lenguaje lleno de gracia.

Pablo subraya, en dos importantes pasajes de su carta, el modo en que los miembros de la iglesia deben dirigirse los unos a los otros: Efesios 4:17 al 32 (en el que se centra este capítulo) y Efesios 5:1 al 20 (en el que se centra el capítulo siguiente). En Efesios 4:17 al 32, Pablo invita a sus oyentes a abrazar plenamente su nueva vida como cristianos, apartándose del estilo de vida áspero y corrupto de su pasado, cuando vivían en la ignorancia de Dios (vers. 17-19). Ahora han “aprendido así de Cristo” (vers. 20), a “despojarse” del “hombre viejo” y a vestirse “del nuevo hombre, creado para ser semejante a Dios en justicia y en santidad de la verdad” (vers. 22-24).

Este cambio significa una metamorfosis dramática en su forma de hablar, dejando atrás la “mentira” y sustituyéndola por la verdad (vers. 25). Su discurso transformado está motivado por una nueva realidad: ahora son “miembros los unos de los otros”, partes del cuerpo de Cristo, unidos en la iglesia del Dios vivo (vers. 25). Estos miembros de la iglesia, con los que ahora comparten esta nueva vida, no son personas ajenas, desconectadas, a las que se puede regañar a voluntad. Están unidos a ellos por los lazos más preciosos de la fe. Por lo tanto, deben ser cautelosos con la ira, que sin duda mostrará su lado oscuro. Si se enojan, no deben dejar que la ira los domine, sino que deben deshacerse de ella antes de que se ponga el sol (vers. 26; cf. Mat. 5:21-26). Permitir que la ira se afiance daría al diablo la oportunidad

de dañar y perturbar la comunión reconciliada de la iglesia, comprada con sangre por Jesús (versículo 27; cf. 2:11-22)

¿Nos ordena Pablo que nos enfademos?

En Efesios 4:26, Pablo cita el Salmo 4:4: "Airaos, pero no pequéis" RV95. Es una cita que a menudo se toma como una exhortación a la justa indignación, atribuyéndole un significado como este: "Adelante, enfádate. Solo asegúrate de enfadarte por las razones correctas". El salmo, sin embargo, aboga por la reflexión cuidadosa, el silencio y la confianza en Dios (vers. 4, 5). Y, más adelante, Pablo prohíbe la ira y las palabras furibundas (Efe. 4:31). Esto sugiere que el mandato de Pablo debe entenderse como una concesión que podría parafrasearse así: "Si te enfadas, no permitas que tu ira dé fruto en un pecado con todas las letras". Este punto de vista –de que Pablo no está interesado en que ejercitemos la ira, sino en limitarla– se ve confirmado por su mandato adicional: "No se ponga el sol mientras están enojados" (vers. 26).

Habla inspirada por el Espíritu

Efesios 4:29 al 32 constituye uno de los llamados más emotivos de toda la Escritura en relación con el uso de la palabra, y cada frase brinda un valioso consejo. Pablo escribe: "Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca" (vers. 29, RVR 95; el adjetivo griego *sapros* significa "podrido" o "en descomposición"). Pablo visualiza que la palabra destructiva surge en el corazón y se abre camino inexorablemente hacia los labios para hacer su dañina obra. Parafraseando el pensamiento de Pablo: "Cuando una palabra dañina suba a tu garganta, ¡trágatela!" Pablo pide a los creyentes que adopten un análisis interno y personal de su discurso, inspirados por el Espíritu, que aplique tres criterios antes de lanzar al aire cualquier declaración:

1. ¿Es “buena para edificar”? ¿Alentará (o desanimará) al oyente? ¿Construirá su fe y alimentará su esperanza?
2. Una palabra puede ser positiva, pero ¿se ajusta también a “la necesidad del momento” (NBLA)? ¿Es una palabra oportuna y apropiada? ¿Es apropiada en el contexto específico en el que la vas a pronunciar?
3. La prueba culminante y definitiva es esta: la declaración que vas a hacer, ¿dará “gracia a los oyentes”? Pablo nos invita a que, al hablar, imitemos el trato que Dios nos dispensa (*cf.* vers. 32), a que transmitamos a los demás la “gracia” –el favor, la bendición y el perdón inmerecidos– que Dios ha manifestado con nosotros en Jesús.

La palabra que vas a pronunciar, ¿abre trayectorias nuevas y positivas para tus oyentes? ¿Afirma su nueva identidad bañada por la gracia en Cristo? Pablo nos insta a que dejemos que el Espíritu instale este asombroso filtro a las palabras en nuestra mente: ¿Es constructivo para el oyente lo que voy a expresar? ¿Es apropiado y oportuno? ¿Bendice al oyente con la gracia?

En la siguiente declaración de Pablo, se hace evidente que la instalación de este filtro es un resultado de la obra del Espíritu Santo: “Y no entristezcan al Espíritu Santo de Dios, con el cual ustedes fueron sellados para el día de la redención” (vers. 30). El “sellamiento” que Pablo tiene en mente aquí es el que se produce en el momento de la conversión, cuando los creyentes reciben el don del Espíritu Santo, que los marca como propiedad de Dios (*cf.* 1:13, 14). Este sellamiento debe ser un hito central de la vida del creyente hasta “el día de la redención”, el regreso de Cristo. Usar mal el don divino de la palabra para dañar a otros “entristecería” al Espíritu Santo, que muestra un compromiso permanente de compartir la vida con nosotros. Usar bien el don de la palabra es permanecer atento a la presencia cautivadora del Espíritu Santo.

Pablo concluye Efesios 4:17 al 32 contrastando el tipo de discurso del que debemos “despojarnos” con el discurso inspirado por el Espíritu que debe

caracterizar la comunicación cristiana. En una lista de seis vicios, Pablo describe actitudes profundamente arraigadas: “amargura”, “enojo”, “ira” y “malicia”, que le preocupa que produzcan el discurso airado de los “gritos” y la “maledicencia” (vers. 31). Le preocupa que el fuego emocional subterráneo y latente estalle en corrientes de lava fundida, y que las actitudes destructivas profundamente arraigadas –animosidad, rabia e indignación– acaben expresándose en gritos airados y palabras abusivas que causen estragos.

La “calumnia” o “discurso abusivo” –el discurso impulsado por la amargura que pretende dañar o destruir la reputación de alguien con insinuaciones, medias verdades y mentiras descaradas– no tiene cabida en el habla cristiana. Pablo afirma que el intercambio verbal entre cristianos debe ser desmilitarizado. Las actitudes que impulsan el discurso airado y las estrategias retóricas que lo reflejan deben eliminarse del arsenal del cristiano. Cuando se dejen de lado estas prácticas dañinas, la comunidad cristiana florecerá.

En una exhortación final cargada de emotividad, Pablo resume el modelo de vida y la manera de hablar inspirados en Cristo (vers. 20), en imitación de Dios (vers. 24), que espera que caracterice a los hogares-iglesia cristianos de Éfeso: “Sean benignos, compasivos unos con otros, perdonándose unos a otros, como también Dios los perdonó en Cristo” (vers. 32). El “perdón vertical” (el que Dios nos ofrece) es el modelo para el “perdón horizontal” (el que nos ofrecemos unos a otros). Dios ha sido bondadoso, compasivo y perdonador con nosotros; nosotros también debemos serlo con nuestros hermanos de iglesia, cualquiera que sea la forma de nuestra comunicación.

Considerar el contexto del consejo de Pablo sobre la manera de hablar

pone de relieve esta verdad: cuando los creyentes usan la palabra para edificar a las personas –en lugar de para derribarlas– no están simplemente practicando la cortesía cristiana común, sino que participan estratégicamente en el gran plan de Dios de unificar todas las cosas en Cristo (Efe. 1:9, 10). En Efesios 4:1 al 16, Pablo amplía su tema central de la unidad, destacando actitudes y comportamientos que la fomentan. Centrándose en el lenguaje humano, hace lo mismo en los versículos 17 al 32, identificando los comportamientos divisivos que socavan la unidad (vers. 17-19, 22, 25-31) y recomendando un lenguaje positivo que fomente la unidad (vers. 25-32). Al emplear un discurso unificador, los creyentes deben ilustrar lo que significa formar parte de la “nueva humanidad” (¡una nueva clase de ser humano!) que Dios ha creado a partir de partes dispares de nuestra humanidad (Efe. 2:11-22). Como miembros de la iglesia, están demostrando a los poderes de las tinieblas que el gran plan de Dios – unificar todas las cosas en Cristo– está en marcha (Efe. 3:10). Si miramos a la conclusión que Pablo hace de la carta, veremos que, como miembros del ejército de Cristo y combatientes activos en el Gran Conflicto, se nos invita a desplegar la palabra para proclamar el evangelio de la paz (Efe. 6:10-20).

Libres para seguir

Al reflexionar sobre Efesios 4:17 al 32, las repetidas y contundentes exhortaciones de Pablo para que hablemos con sentido de unidad pueden pasarnos factura. Podemos empezar a sentirnos bombardeados por sus listas de “qué hacer” y “qué no hacer”. Cierta vez escuché al Dr. Paul Scott Wilson, autor de varios libros sobre la predicación, brindar un valioso consejo a los predicadores: “Busca el evangelio en el texto”. ¿Dónde encontramos el evangelio en un mandato negativo como este: “Desaparezcan de entre ustedes estas cosas: la animosidad, la ira, la

calumnia, los gritos airados y las palabras injuriosas, y toda mala voluntad” (vers. 31, traducción del autor)? Justo aquí: Pablo no nos ordena que nos levantemos por nuestros propios medios. Nos señala, más allá de nuestros propios recursos, la acción misericordiosa de Dios en Cristo Jesús y la presencia poderosa del Espíritu Santo en nuestra vida. Cada orden, como puedes ver, es una promesa:³³ “Desaparezcan de entre ustedes estas cosas: la animosidad, la ira, la calumnia, los gritos airados y las palabras injuriosas, y toda mala voluntad”.

Una pesada carga oprime nuestro corazón. Es una carga de animosidad, rabia e indignación. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia hemos expresado emociones fuertes y ocultas por medio de gritos airados y palabras abusivas. Vemos el problema. Sentimos el enorme peso de la carga. Nos está hundiendo. Le hemos “puesto el hombro” a la carga. Durante días, semanas y años, hemos luchado. En ocasiones, imaginamos que la carga cede uno o dos centímetros. Pero no es así. Permanece ahí, agobiando nuestro corazón, arruinando nuestra vida y minando nuestro espíritu.

Entonces, un día –¿será hoy?– aparece ese gran Maestro del espíritu humano que es Jesucristo, y te dice: “Hijo mío, hija mía: Aléjate de esa carga. Llevas tanto tiempo con ella que tienes el hombro magullado y sangrando”. Con cierto despliegue, él apareja ese asombroso artilugio cruciforme suyo –el polipasto (sistema de poleas para levantar cargas pesadas) de su gracia– por encima de la plataforma de tu vida. Esa pesada carga de animosidad, rabia, indignación, gritos airados y palabras abusivas se desprende de tu espíritu decaído. Eres libre para seguirlo, para hablar de la gracia y la misericordia que él ha traído a tu vida.

El poder de las palabras

Es el verano de 2014, los combatientes del ISIS (perteneciente al Estado Islámico) rugieron en el norte de Irak, engalanados con sus fusiles de asalto AK-47, agitando granadas, blandiendo espadas oxidadas y conduciendo camionetas polvorientas. Sin embargo, los precedía otro ejército más formidable: un ejército de discursos difundidos en todas las plataformas de redes sociales a su alcance, especialmente Facebook y Twitter. Selfies de militantes vestidos de negro. Imágenes de convoyes en Instagram. Una aplicación para teléfonos inteligentes que permite seguir el “progreso” de la invasión y vincular a ella las cuentas de las redes sociales.

Este asalto digital fue documentado en el libro de Singer y Brooking de 2018, *LikeWar: The Weaponization of Social Media* [Guerra de Likes: La militarización de las redes sociales]. Organizados bajo #AllEyesOnISIS, que se convirtió en el *hashtag* de mayor tendencia en el Twitter árabe, las noticias de la invasión salpicaron millones de pantallas, incluidos las PC y los teléfonos inteligentes de los defensores de las ciudades que ISIS pretendía conquistar. Esos defensores escucharon las exigencias del ISIS de una rápida rendición. Vieron las horribles torturas y ejecuciones de quienes se atrevían a resistirse. #AllEyesOnISIS, en palabras de Singer y Brooking, adquirió “el poder de un bombardeo de artillería invisible, con sus miles de mensajes disparados frente a la fuerza que avanzaba. Su detonación [...] [sembró] el terror, la desunión y la deserción”.³⁴ Cuando su heterogéneo ejército de solo 1,500 militantes alcanzó la ciudad de Mosul, de tres mil años de antigüedad, la mayoría de sus defensores y la policía habían huido de la ciudad, junto con medio millón de ciudadanos. El ISIS no podía creer su buena suerte. “No fue una batalla, sino una masacre, debidamente filmada y editada para el siguiente ciclo de fácil distribución en línea”.³⁵

¿Cómo utilizarás el gran don divino de la palabra? ¿Cuál será el efecto de

las 16.000 palabras que pronunciarás hoy?³⁶ Cuando te conectes a Facebook, Twitter, Snapchat o Instagram, o cuando dialogues con compañeros de trabajo, amigos y familiares, ¿cómo esgrimirás tus palabras? ¿Seguirás el camino de ISIS, convirtiendo tus palabras en actos de guerra, desatando muerte y destrucción? ¿O, por la gracia y la misericordia de Dios, escucharás y seguirás el consejo inspirado de Pablo, pronunciando solo la palabra “que sea buena para edificar a otros según sea necesario, para que dé gracia a los oyentes” (Efe. 4:29)? ¿Invertirás tus palabras estratégicamente, desplegándolas para hacer avanzar el gran plan de Dios de unir todas las cosas en Cristo, el Príncipe de la paz?